

sacerdotes de Esculapio. Montaigne en sus *Etude de la nature*, se desata en invectivas contra la medicina, las que no impidieron que recorriese todas las aguas minerales de Francia, Alemania é Italia, con la esperanza de librarse de una enfermedad incurable. «En tratando de su mal, escribe Mr. Richerand, el escéptico es el mas crédulo de los hombres, y la mas estafalaria mujerzuela.» Yo le hubiera comparado á los infelices ateos que tributan culto á la materia, y niegan la existencia del Creador. J. J. Rousseau, aquejado de una melancolía profunda y de un padecimiento crónico de la vejiga, se desencadenó contra los médicos y su ciencia, con toda la acritud de un enfermo hostigado por sus largos sufrimientos. «Este arte, dice, es mas pernicioso que todos los males que trata de curar.» Lástima causa idea semejante, propia de quien supo espresar tantas sencilleces en un estilo de los mejores. Molière, el P. Feijóo y el autor de *Gil Blas*, acertaron mejor ridiculizando la ciencia engañosa y sus falsos apóstoles. No hay duda que el régimen es preferible á la medicina: ¿peró qué hacer cuando este no se observa? Lo que estamos viendo todos los días: despues de haber trasnochado, comiendo con esceso, bebiendo mucho mas, ó tal vez abandonados á cosas peores, nuestro destruido organismo, envejecido antes de tiempo, funciona con trabajo, á la manera de una máquina gastada, y entonces llamamos al médico y exigimos de él que concilie la intemperancia con la salud, y si no lo consigue, como debe suceder, nos desatamos en invectivas contra la ciencia humana, que no puede realizar un milagro en beneficio de nuestra locura. Por otra parte, no debemos olvidar que traemos al mundo en patrimonio el dolor y la muerte, y que nadie podrá librarnos de las miserias anejas á la posteridad de Adam. El pueblo romano, afirman algunos, pasó quinientos años sin médicos; mucho lo dudo, podria, tal vez, carecer de personas encargadas especialmente del cuidado de restablecer la salud, pero nunca de métodos curativos y remedios convenientes. De otra manera, ¿cómo se las gobernaban cuando tenían una fiebre pútrida, una fístula, una fluxion de pecho, etc.? ¿Se morían sin hacer nada? Crea quien quiera esta suposicion sobre natural. Entre los salvajes no hay médicos, dicen otros. Argumento falso, añadiré yo; en primer lugar, hay curanderos diestros en las enfermedades comunes á cada tribu, y además, como estos carecen de los conocimientos necesarios, se arreglan de manera que mueren la mayor parte de los atacados de cualquier dolencia, siendo esta una de las causas del estado lánguido y escasa poblacion de los países bárbaros.

Las últimas razones del busto llegaron á mis oídos confusas é inarticuladas; empezó á desvanecerse como á través de una cortina de niebla, al mismo tiempo que llenaban el aire los ruidosos ecos de una música militar. Estaba temiendo volver á ser presa de las alucinaciones que me acometieron antes de mi conversacion con el retrato, cuando á través de aquella confusion escuché unas palabras dulcísimas y angelicales, que repetían con insistencia: «Vamos, papá, ya son cerca de las ocho; oiga vd. la guardia de Palacio que pasa por la calle.» Abrí los ojos con dificultad, y vi á mi niña, que procuraba acabar de despertarme. Todo habia sido un sueño, lector prudente; recibelo como tal, si no lo consideras digno de otra cosa.

DIONISIO CHAULIÉ.

RELACION CURIOSA

DE LOS SERVICIOS Y DE LA GRANDEZA Y OSTENTACION DEL ENTIERRO DEL SEÑOR DON JUAN DE FIGUEROA.

Personaje fué este de gran marco y de singular brillo en todo lo referente á la gobernacion de un extenso Estado, no habiendo ramo civil ó militar en que no acreditara inteligencia muy subida; figurando como hombre de acción y de consejo, é ilustrando su nombre como diplomático y magistrado. Repetidamente menciónale nuestras historias; aquí solo se trata de darle á conocer fielmente, segun aparece en documentos, que se pudieran llamar su hoja de servicios y de que poseen copia sus sucesores, sacada cuando en el archivo de la Real Chancilleria de Valladolid existían los originales.

Como oidor de aquel tribunal figuró el doctor don Juan de Figueroa en su primer empleo. De orden del emperador Carlos V fué el año de 1532 á Flandes y luego á Alemania, donde tuvo la primera dieta de Ratisbona. Desde Alemania y tambien por mandado del emperador fué á Roma y á Nápoles para cosas de su servicio y de suma importancia, sin que para tales jornadas se le diera emolumento alguno. De regente de la Canceleria y del Consejo Colateral de Nápoles estuvo muchos años, durante los cuales visitó además las provincias de la Pulla y la tierra de Otranto y la Aduana de las Pécoras dos veces, adonde por su cuidado é industria se acrecentaron las rentas anuales en más de veinticinco mil ducados. A tratar asuntos de trascendencia con el papa Clemente VII fué á Roma; y á sus expensas vivió hasta la llegada del conde de Fuentes. Otra vez tornó á la capital del orbe católico en ocasion de estar enfermo el mismo sumo pontífice de la dolencia, que le arrastró al sepulcro, llevándolo una escuadra de soldados de la guarnicion de Gaeta, por estar los caminos y la misma ciudad en armas. Allí permaneció durante la enfermedad de Clemente VII y hasta la elevacion de Paulo III al solio pontificio, en todo lo cual hizo muchos gastos de cuenta suya.

Habiendo ocupado Barbaroja á Tunez y la Goleta, y determinando Carlos V arrojarle de aquellas plazas, al marqués del Gasto designó como capitán general de la infanteria española, que debia ir á la alta empresa. Reunida se hallaba en Castela Marcelo de Nápoles una gran parte de aquella tropa, y amotinóse por falta de muchas de sus pagas. No sin grande exposicion de la vida, don Juan de Figueroa apaciguó á los soldados, por comision de confianza que dió el virey á su alta suficiencia y extraordinaria práctica de los negocios. Durante aquella guerra, á su cargo tuvo el regente enviar provisiones al ejército y la armada, y ejecutólo con eficacísimo celo. En union del virey de Nápoles acudió al socorro de la villa de Castro, ocupada por la armada turca, y personalmente coadyuvó á arrojar del litoral de Otranto á Barbaroja.

Junto á sí llamóle el emperador al celebrar en 1538 las cortes de Toledo, en donde pidió la contribucion de la Sisa, y de las cuales fueron expulsados para siempre los próceres y los prelados. A Nápoles volvió el doctor Figueroa por breve tiempo, habiéndole tambien querido tener el emperador á su lado, cuando en 1540 fué á sofocar el motin de Gante. Allí desempeñó el oficio de regente, y además perteneció al Consejo y Cámara de Castilla. Poco despues envióle el soberano al Estado de Milan para que tomase

cuenta á todos los oficiales Reales desde antes de la muerte del duque Francisco Esforcia, y para que girara una visita á todos los tribunales; y lo hizo con mucha diligencia, actividad y cuidado, sin ayuda de costa en sus viajes diversos.

Para dar idea cabal de los documentos mencionados, oportuno es copiar el siguiente pasaje. «Y de ahí envíele S. M. venir á España á visitar el Consejo de las Indias, y durante la dicha visita, y hasta que se consultó con S. M., entendió en todos los negocios ordinarios y extraordinarios que se ofrecían en Indias, porque todos se los cometía S. M. para que con el comendador mayor de Leon los despachase. Y despues se embarcó con S. M. en Barcelona, y fué á Italia, y sirvió á S. M. no solamente en los oficios de Castilla y Nápoles, mas en otros muchos que se trataron con el papa, cuando vino á verse con S. M., y en todos los que ocurrieron del Estado de Milan y de otras partes de Italia. Y siguió despues siempre la corte por espacio de doce años, sirviendo siempre en todos los negocios que había de sus Estados de Italia, y de todos los otros de la Corona de Aragon como regente de ellos, y en los de Castilla é Indias, y algunos años tambien en los de Estado y Guerra de Italia, y en la jornada que S. M. I. hizo en Francia, hasta que el rey de Francia se le resistió en Cambrasi una noche. Y despues sirvió á S. M. en la dieta de Spira y entrada en Francia, cuando S. M. tomó á Sangusino y otras plazas en Francia. Y el año siguiente fué á la dieta que tuvo en Wormes, y despues á la que tuvo en Ratisbona, cuando juntó su ejército contra los que estaban en Alemania desviados de nuestra santa fé católica y rebeldes, y anduvo en la primera y segunda guerra hasta que fué roto el campo de los enemigos, y fuese el duque de Saxa, capitán y cabeza de ellos. Y en todas las jornadas sirvió á S. M., no solamente como consejero, mas tambien y á la continua con sus armas y caballos, siguiendo su estandarte y escuadron Real, y poniendo siempre su persona en riesgo y peligro, como los otros caballeros de la casa de S. M. Acabada aquella guerra, fué con S. M. á la dieta de Augusta, de donde volvió á Flandes, y tornó otra vez á la dieta de Augusta con S. M. y con el rey don Felipe, nuestro señor. Y despues que fué vuelto S. M. á Flandes, despues de haber ganado Fernana y Edin. S. M. le mandó ir á Inglaterra á llevar al rey nuestro señor la refutación ó donación que le hizo del reino de Nápoles; y pasó en aquel reino, donde por mandado de S. M. I. y del rey nuestro señor residió en su servicio y negocios que se ofrecieron, que fueron muchos y calificados por largos años. Y de allí le mandó tornar á Flandes, para enviarle, como lo envió, á la corte de España para cosas importantes á su servicio, en las cuales entendió en todos los dichos servicios como á S. M. es notorio.»

Ni un solo negocio grave de los referentes al reinado de Felipe II dejó de pasar por las manos del doctor don Juan de Figueroa en los primeros once años. Varios llevaba en el de 1565 de Presidente del Consejo de Castilla, y además ejercía iguales elevadas funciones al frente de los Consejos de Italia, de la Guerra y de Estado, cuando adoleció de enfermedad muy grave. Personalmente visitóle el monarca á las diez de la noche del 21 de marzo, y retirados y platicando de cosas secretas estuvieron ambos. Luego le dijo delante de los de su Real comitiva. «Presidente Figueroa, si Dios dispusiere de nuestra vida ¿á quién os parece que encargue el gobierno de mis reinos y administración de la justicia de ellos?—Y el doliente contestó de este modo.—

Católica Magestad, pídele delante de Dios que me descargue del oficio de un Presidente, sin llevar cargo de dar cuenta á Dios de él.» Al tornar á palacio, consigo llevóse el monarca varios papeles, por contener muchos secretos particulares. Al día siguiente le hizo visita á media mañana el príncipe don Carlos en compañía de su tío don Juan de Austria, con su servidumbre y bastante número de caballeros; y allí estuvo más de una hora, haciendo demostración y sentimiento de lo mucho que perdía el rey su padre con morirsele un tan bueno y tan verdadero y recto juez, con cuyo gobierno eran bien regidos en paz y en guerra sus Estados. Sabido por Felipe II que se agravaba el Presidente Figueroa, le envió á decir con su caballerizo don Diego de Córdoba que se esforzase, y que viese lo que quería así para su persona y descargo de su alma como para sus deudos y parientes; mas no quiso recomendar cosa alguna, y á la voluntad del rey lo dejó todo. Su muerte fué el viernes 23 de marzo entre nueve y diez de la noche.

Por órden expresa del monarca fué solemnisima la traslación de su cadáver desde la casa mortuoria, hoy habitada por el infante don Enrique en la plazuela de Santa Catalina de los Donados, hasta el convento de San Francisco, que á la sazón se hallaba extramuros. Tres arzobispos asistieron y dos obispos; todos los caballeros aquí residentes de las órdenes militares; las comunidades religiosas de jerónimianos, dominicos, trinitarios, mercenarios, mínimos y franciscanos; todos los clérigos de Madrid y capellanes Reales; todas las Cofradías; todos los Consejos; todos los alcaldes de corte; toda la alta servidumbre de palacio; grandes y títulos numerosos; además los niños de la Doctrina, y muchedumbre de caballeros y gentes de diversas naciones, así españoles como franceses, italianos, húngaros, flamencos, alemanes, sicilianos, corsos, holandeses, griegos, indios y africanos; los cuales iban rogando á Dios que diese su gloria á un tan grande príncipe y tan recto administrador de la justicia; y otros decían que faltaba el hombre humano que hacia temblar á los hombres, y que plegue á Dios que así tiemblen los demonios delante del, estando acompañado de los ángeles, como estuvo en la tierra acompañado de virtudes.

Caballeros de la órden de Santiago llevaron toda la carrera el cadáver en hombros, naturalmente remudándose de tiempo en tiempo, como que eran las dos de la tarde al romper el séquito fúnebre la marcha y hasta las diez de la noche no pudieron depositar el ataúd en la bóveda del convento de San Francisco, pues su definitivo enterramiento había de ser en Salamanca. Señor de Monleon era el doctor don Juan de Figueroa y comendador de Yeste, como miembro de la órden de caballería de Santiago de la Espada. En los documentos, de que se ha hecho aquí fidelísimo extracto, se le califica de amparo y gobierno de los pobres de todos los dominios de España, de disipador de vicios y premiadador de virtudes, y de administrador rectísimo de la verdad y justicia. Sin duda que este personaje hizo dignísima figura, á la par de los clásicos varones que en el curso del siglo XVI fueron lustre de nuestra patria: como hombre político intervino habilmente en complicadas negociaciones: más honrosamente nadie vistió jamás la toga; y razón es que se perpetue por siempre su fama.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

LA CIENCIA EN FAMILIA.

LA ERUPCION DE SANTORINO.

El fuego, es decir, una masa enorme de materias minerales é incandescentes, ocupa, segun una teoría admitida por la mayor parte de los geólogos, todo el interior del globo terrestre; ó al menos, segun otra teoría recientemente sostenida, forma esta masa una sábana esférica intermedia-

ria entre el suelo terrestre y la costra sólida, cuyo espesor mide el de cincuenta kilómetros.

Por otra parte las aguas del mar cubren la mas grande estension de la superficie del globo, y tienen en respeto debajo de ellas la formidable presión de ese Océano de fuego.

Antes que nuestro planeta se hubiese suficientemente enfriado, el elemento ígneo ha levantado muchas veces y roto en inmensas estensiones su débil cubierta, y rechazado ya á un lado ya á otro las olas del Océano.

Así se han formado los continentes, las islas y las montañas, así se han producido los diluvios, así se han verificado los grandes cataclismos, las grandes revoluciones que en épocas diversas han renovado la faz de la tierra.



Formacion volcánica del promontorio del Rey Jorge.

A la larga la corteza terrestre se ha espesado y endurecido y afirmado, los mares se han instalado definitivamente en sus vastos recipientes. Pluton ha sido vencido por Neptuno, y se ha restablecido la calma.

El fuego no se ha resignado tan completamente con su suerte que todavía no proteste á su modo contra la sentencia del destino. Muchos volcanes, muy numerosos en otro tiempo, que le sirven de respiraderos, se han apagado y oscurecido; empero no deja de hacer con bastante frecuencia esfuerzos para reemplazar los que ha perdido. Entonces la guerra comienza por mas ó menos tiempo sobre un teatro mas ó menos estenso.

SEGUNDA SERIE.—1867.

Una de esas hostilidades de los dos poderosos elementos, acaba de estallar con violencia en parajes que parecen ser el campo de batalla preferido por el fuego.

En efecto, las islas del Archipiélago griego son todas de origen volcánico. Muchas han brotado del seno de las aguas en una época muy lejana ó la nuestra. Citanse algunas que solo han tenido una existencia muy efímera. En la rada misma de Santorino, donde un nuevo volcan acaba de hacer una explosión, se vió en el año 19 de nuestra era, una pequeña isla que fué llamada *Theia* (la divina), y que se sumergió al poco tiempo despues para volver á aparecer y desaparecer luego todavía en el año 60. De esta derrota del

AÑO XXV. 20

fuego ha querido luego tomar hoy su desquite con imponentes fuerzas.

El teatro de la accion es un verdadero teatro, lo que los geólogos llaman muy justamente un circo. Es una arena circular que se diria espresamente escogida para la mayor comodidad de los espectadores.

La isla de Santorino, cuya forma es la de un creciente de luna, constituye ella sola toda la parte Este, Norte y Sur del recinto, completado al Oeste por las dos islas mucho mas pequeñas de Therasia y Asprosini. En el centro se agrupan las tres Kammeni (islas quemadas), Palea (antigua), Mitira (pequeña) y Nea (nueva). Esta última ha venido al mundo en 1707, en medio de un formidable aparato de fenómenos volcánicos, y mas favorecida que Thea, no solamente ha vivido, sino que acaba ahora de agrandarse por la anexion de terrenos, ó mas bien de masas de rocas que nuevamente han salido de las aguas.

A la verdad, sus habitantes se hubieran alegrado de que no hubiese habido esa anexion, que por de pronto les obligó á mudarse precipitadamente y á destruir sus casas.

En el extremo meridional de esta isla se halla el puerto de Vulcano, y una aldea del mismo nombre, enteramente compuesta de lindas casas de campo pertenecientes á ricos comerciantes de Santorino. Estos van allí en el verano á buscar el fresco y tomar los baños de mar.

En aquellas lindas quintas se halla reunido cuanto puede exigir el lujo mas refinado y la comodidad.

A todo este lujo ha sucedido la devastacion. ¡Cuántas casas han sido sepultadas bajo las ruinas del promontorio, presentando el aspecto de una ciudad despues de un horroroso bombardeo!

La accion se anunció el 28 de enero en Santorino, por ligeros sacudimientos de temblores de tierra, que se renovaron el dia siguiente, ganando á Nea-Kammeni. En la noche del 30, la mar tomó alrededor de este islote un tinte lechoso, y comenzaron á hervir las olas cual en una caldera, desprendiéndose vapores sulfurosos á los que siguieron en la noche del 30 al 31 de enero, grandes llamas rojas de altura de tres á cuatro metros.

Muy pronto comenzó á hundirse la isla y á desquebrarse, y por las rendijas se escapaban acres vapores y gases mefíticos con un horroroso estruendo subterráneo, acompañado sin cesar de esa mezcla de elementos. En la mañana del 2 de febrero, los oficiales del navío griego *Pluxaura* comprobaron una considerable subida del fondo de la mar en el punto donde habian brotado las llamas.

Al pronto era un escollo submarino. Por la tarde era ya un islote de cincuenta metros de largo sobre diez ó doce de ancho, y con treinta metros de elevacion sobre las olas.

Se le bautizó con el nombre de isla del rey Jorge, empero algunos dias despues la isla habia cerrado el puerto de Vulcano, y se habia reunido á Nea-Kammeni y transformado en un promontorio.

A las primeras noticias de estos sucesos, la Academia de Ciencias de París, envió á Santorino una comision de distinguidos geólogos, que poniéndose de acuerdo con el gobierno griego, hicieron sus observaciones. Fué su presidente Mr. Lenormand.

Estos fueron allí y se vieron muy apurados para abordar la isla que acababa de salir de debajo de las olas. El aire se hallaba conmovido con frecuentes detonaciones parecidas á las explosiones de minas. Podian asfixiarse con los vapores corrosivos que revoloteaban en la atmósfera, podian caer en el agua, cuya temperatura pasaba en algunos

sitios de ochenta grados, y ser cocidos como centenares de pobres pescados que flotaban sobre la superficie del mar en sazón de poderse comer.

El 20 de febrero sobre todo arrojó el volcan gran cantidad de trozos de roca ardiendo á grandes distancias, rompiendo uno de ellos el techo de la iglesia griega de Santorino y produciendo un pánico espantoso, porque otros trozos de roca incandescente habian incendiado en la rada un buque y abrasado algunas casas de la ciudad.

Alrededor de los montecillos volcánicos las olas hervian levantadas por enormes olas de gás, que inmediatamente se inflamaban al contacto de las materias ígneas. Despues la conflagracion se extendia por la superficie del mar cubriéndolo de largos surcos de llamas amarillas.

Con gran dificultad encontró la comision marineros que aunque habituados á los peligros y azares de la navegacion, quisiesen conducirlos *al fuego*, porque experimentaban una visible repugnancia en aventurarse á llegar á aquella isla ardiendo.

Cuatro delegados de la Academia de Ciencias en una lancha se aventuraron á llegar al islote que se acababa de formar.

«Los desprendimientos de los vapores, dice Mr. Lenormand, su presidente, son estremadamente abundantes sobre toda la estension de esta isla, levantándose en los aires en espesos torbellinos con un intenso rugido. El viento echaba sobre nosotros la nube que nos rodeaba y nos encontramos como metidos en la estufa de un baño turco. El piloto que se habia al fin decidido á saltar en tierra y nos habia seguido hasta allí, temblaba con todos sus miembros, santiguándose á cada instante.

«Este lobo marino habituado á desafiar las mas fuertes tempestades y á batirse en todas las batallas navales de la independencia griega, temblaba como un azogado ante la vista de una fuerza desconocida y temible. Creíase ante la puerta del infierno y creía que iba á ver aparecer en medio de los torbellinos de humo que salian del suelo y de la mar al mismo Satanás.»

Algunos dias despues de haber brotado del mar la isla del rey Jorge, se habia reunido á Nea-Kammeni y se habia convertido en el promontorio del rey Jorge.

Sucesivamente fueron brotando islotes que eran otros tantos volcanes siempre en erupcion, y que vomitando á porfia lavas y rocas, concluyeron por no formar con Nea-Kammeni sino una sola isla, con un penacho de vapores y surcada de hendiduras y grietas.

Los comisionados de la Academia Francesa dieron por terminada su comision despues de haber presenciado con grande esposicion, y un valor sin igual, la formacion de esta isla, esponiendo veinte veces su vida sin amenazar la de sus semejantes, sin cólera, sin odio, sin embriaguez de la lucha, para observar la naturaleza y analizar sus efectos. Género de valor sin ruido, que podria llamarse, valor científico, y para nosotros de mas mérito que el que generalmente se le concede!!!

F.

APUNTES BIOGRAFICOS

DE DON ESTEBAN ARTEAGA.

Entre las sociedades religiosas que han descollado mas en el orbe literario, ocupa indudablemente un puesto muy

distinguido la ilustre Compañía de Jesus, tan perseguida y calumniada hasta nuestros días. La reforma impia de Lutero, los errores y el fanatismo heterodoxo de Calvino y de los demás herejes del siglo XVI, habian pervertido los ánimos de doctos é ignorantes en términos tan funestos, que necesitaba la Europa los esfuerzos poderosos y reunidos de un buen número de sábios, dotados de discrecion y sagacidad, para salvar los altares y la pureza del catolicismo de la total ruina que les amenazaba. La Compañía de Jesus, fundada á la sazón para que desempeñara un cargo tan delicado y saludable, se granjeó en el trascurso de pocos años la admiración y el afecto, no solo de los pueblos, sino tambien de príncipes y monarcas, tanto por su profunda y vasta doctrina, como por su religiosidad, exenta de supersticiones ridículas, y por su mucha tolerancia.

En este periódico, muy ajeno de la política por índole y carácter, no podemos apuntar bajo ningún concepto los motivos que originaron la supresión de la Compañía de Jesus, ocupando la silla apostólica Clemente XIV, ni de los que contribuyeron á su restablecimiento en la época de la restauración. Contentándonos, pues, con decir, que los habitantes de ambos hemisferios deben mucho á los jesuitas, milicia valerosa é impertérrita de los altares, educadores muy esmerados de la juventud, y congregación de doctísimos varones, nos proponemos dar á luz en este periódico una serie de biografías de los jesuitas españoles, que, abolida la Compañía, se trasladaron á Italia, y escribieron con gracia, elegancia y doctrina no vulgar, obras en idioma toscano, que han perpetuado merecidamente el nombre de sus respectivos autores.

Comenzamos nuestra tarea por insertar en este número la biografía de don Estéban Arteaga, no porque le juzguemos superior en mérito á los de quienes hablaremos mas adelante, sino porque, reconociendo en todos bellas y admirables dotes y mucho ingenio, no hemos reparado en asignar mas bien á uno que á otro el primero ó el último puesto.

Don Estéban Arteaga abrió los ojos á la luz del día en Teruel, el 26 de diciembre de 1747, y esa faja de tierra que ha llegado á adquirir hoy mucha fama en nuestros coliseos por el infortunio de dos amantes, cuyas tristes vicisitudes han suministrado tierno y patético argumento, y golpes de escena muy conmovedores, á producciones dramáticas salidas de la bien cortada pluma de eminentes escritores españoles, esa faja de tierra sirvió tambien de cuna al ilustre varón, que ocupó mas tarde un puesto muy preferente entre los que han dado grandeza y realce al melodrama, sirvió de cuna, en fin, á don Estéban Arteaga, autor de la obra titulada *Las revoluciones del teatro musical italiano*, etc. Vistió el hábito de la Compañía de Jesus el 23 de setiembre de 1763 en Toledo; pero tan luego como fué abolida, se retiró á Italia, y fijó su residencia en Bolonia, amado y protegido por el cardenal Albergati, en cuya casa vivió por el trascurso de muchos años, no disfrutando únicamente de todas las comodidades que hacen menos penosa nuestra existencia, sino teniendo tambien medios suficientes para proporcionarse los libros que sus estudios exigían. Frecuentaban la casa del cardenal, muy amante de las letras, los hombres mas distinguidos por elevado ingenio y por lo vasto de sus conocimientos en literatura, ciencias y bellas artes. Arteaga, pues, dedicado á estudios severos, y á quien la naturaleza no habia dejado de prodigar sus dones, dotándole de un talento investigador, de refinado gusto y muchos alcances, atesoraba cada día nuevos conoci-

mientos, y llegó á despertar sentimientos de admiración y afecto en su abono, no solo en el ánimo de los boloñeses mas doctos, sino tambien en todos los espíritus mas cultivados de los sábios eminentes de la península itálica.

Todos los pueblos de raza latina están casi instintiva y estrechamente unidos por los lazos indisolubles de su literatura y de sus lenguas, que tienen, en mayor ó menor escala, una fisonomía muy parecida y cierto aire de familia; pero esta especie de conformidad se nota aun mas entre españoles é italianos en términos tan marcados, que los individuos de una y otra nación fácilmente se aficianan á ambas lenguas y literaturas. Con efecto, nuestro Arteaga, que cultivó con esmero la literatura italiana y el idioma toscano, llegó á escribir este último con mucha elegancia y soltura, como nos da un claro testimonio de ello su obra arriba mencionada, *Las revoluciones del teatro musical italiano* (1). Vamos á ocuparnos de este trabajo muy apreciable bajo todos conceptos.

Su primera edición, publicada en Bolonia el año de 1783, y que consta de un solo tomo, apenas salida á luz fué detenidamente leída y muy elogiada. Tantos y tan merecidos aplausos despertaron en Arteaga el vivo deseo de adquirir nueva gloria, refundiendo, aumentando y corrigiendo su obra, cuya segunda edición, publicada en Venecia el año de 1785 por Carlos Palese, es la que hoy se tiene en mucha estimación y grande aprecio por los verdaderos sábios.

Toda la obra, dividida en diez y siete capítulos, está dedicada al caballero don José Nicolás de Azara, ministro plenipotenciario de S. M. C. en la corte de Roma, y literato insigne, como lo dan á conocer sus observaciones filosóficas sobre las obras del célebre pintor Mengs, y su excelente traducción castellana de la vida del príncipe de los oradores romanos, escrita en inglés por Middleton.

El primer tomo de *Las revoluciones del teatro musical italiano*, contiene ocho capítulos, el segundo cinco, y cuatro el tercero. Precede á los tres tomos un docto discurso preliminar, en el cual nuestro autor clasifica en esta forma, con sana crítica y buen tino, á los espectadores que concurren á las funciones teatrales: «Hombres de mundo, políticos, eruditos, hombres de gusto y filósofos.» Comprende en la primera categoría á la gente ociosa, que prefiere el capricho, la voluptuosidad y la galantería, á todas las virtudes y á todos los sentimientos delicados. En la segunda, á los que consideran el teatro como una contribución indirecta en beneficio del Estado, porque facilita la circulación del dinero, fomentando la pompa y el lujo de los concurrentes de ambos sexos, que porflan entre sí deseos de presentarse en público con trajes nuevos y cada vez mas magníficos. Es de advertir, tambien, dice Arteaga, que los políticos consideran el teatro como un lugar de diversión, que distrae á los espíritus revoltosos, que se inclinan fácilmente en el ocio á maquinaciones perjudiciales á la tranquilidad y al sosiego de los ciudadanos pacíficos. En la tercera, que comprende á los eruditos, nuestro autor se solaza, poniéndonos de manifiesto, con viveza de colorido y amarga sátira, la índole y carácter propios de los pedantes, los cuales, desprovistos de genio, creen que peca mortalmente el que sale del angosto círculo trazado por Aristóteles, y no vacilan tal vez en aplaudir al coro de ajos y cebollas, que

(1) *Le rivoluzioni del teatro musicale italiano dalla sua origine fino al presente*, ópera di Stefano Arteaga, etc., etc. Seconda edizione, accresciuta, variata e corretta dall' autore. — Venecia, 1785.

figura en la comedia de Julio César Escaligero, titulada *Valigia*, porque esos pedantes no dejan de acordarse que Aristófanes introdujo en el teatro de Atenas coros en que hablan las ranas, los zánganos y hasta las nubes. En la cuarta categoría están los hombres de gusto, y en la quinta los filósofos. A los primeros, versados en la lectura de los mejores modelos antiguos y modernos, les corresponde el perfecto conocimiento del arte, y la juiciosa demarcación de los lindes, que separan las reglas de los arranques del genio, el cual tiene siempre algo de extraordinario y sobrenatural. Los segundos ya descubren en el teatro una escuela de moral ya un fármaco saludable contra las preocupaciones mas vulgares y mas arraigadas en el ánimo del pueblo, ya un objeto de inocente diversion para infundir nuevo vigor al abatimiento del espíritu despues de largas y penosas tareas. El hombre de gusto, pues, y el filósofo, consideran el teatro hasta cierto punto bajo un mismo punto de vista, porque entrambos exigen que sea una escuela de moral, y que ridiculice las preocupaciones populares.

En los diez y siete capitulos de que se compone la obra del señor Arteaga, es ciertamente uno de los mas notables el segundo del tomo primero, en que demuestra como la lengua italiana es la única que reúne, en la innumerable familia de todas las lenguas de la moderna Europa, las dotes mas necesarias para el canto, teniendo en sus elementos constitutivos mucha abundancia de vocales, como la griega y latina, repetidas y agradables inflexiones, y una gran multitud de acentos, que dan suavidad y dulzura á sus sonidos. Dice luego, que padecen un lastimoso engaño los que suponen equivocadamente que esa lengua carece de fuerza y robustez para expresar la violencia de los afectos ó describir escenas terribles, y á fin de confirmar su aserto en el terreno práctico, cita la famosa octava de la *Jerusalén Liberada*, en que Tasso describe á Satán, que reúne en consejo á los espíritus infernales para oponerse á la conquista de los Santos Lugares, ocupados por los infieles. Dice, además, que la *Muerte del conde Ugolino* en la Torre del Hambro, descrita por Dante, y las proezas de Rodomonte en París, descritas por Ariosto, prueban suficientemente que a lengua italiana no es menos fuerte y nerviosa que la griega y latina, no dejando al propio tiempo de ser armoniosa y sonora. Todo esto es cierto, y nosotros no dudamos en afirmar que los que han leído las tragedias del inmortal Alfieri, estarán muy lejos de inclinarse á la opinion de los adocenados filólogos, que sin haber recorrido nunca las páginas doctas y eruditas de los vates y prosistas italianos, sostienen con ahínco que su lengua es toda afeminada, así que puede mas bien salir airosa en la descripción de escenas amorosas, lánguidas y patéticas, que en la descripción de lo que es grande, terrible y naturalmente sublime.

Volviendo á nuestro principal argumento, no queremos pasar por alto que J. J. Rousseau nos ha dejado consignadas estas palabras en el artículo *Genie* de su diccionario de música: «¿Quieres saber (habla con un joven compositor) si alguna chispa de este fuego abrasador (el genio) te inflama? Corre, vuela á Nápoles, escucha las óperas de Leo, de Somelli, de Durante; si al oír las se arrasan de lágrimas tus ojos, si de improviso el corazón se te oprime, y esta opresión ahoga en tu garganta los suspiros, corre, toma á Metastasio y compone. Su genio inflamará el tuyo; tú, siguiendo sus huellas, llegarás á crear, y serás al fin autor. Pero si la encantadora magia de este arte sublime (la música) te deja tranquilo; si apruebas solamente y no sientes género alguno de trasporte, hombre vulgar, ve y dedícate á escri-

bir música francesa.» Con efecto, cuando D'Alembert pretendió dar la preferencia á Quinault sobre Metastasio, escribiendo que la música francesa era superior á la italiana, no hizo mas que provocar la risa de todos los que no habían tenido la desgracia del rey Midas, que vió convertidas sus orejas de hombre en las de un asno.

Pero Rousseau en su Carta sobre la música, dice, hablando de la lengua italiana, que no es por su índole ni carácter naturalmente musical, sino la que mas se presta á la armonía y á las melodías; nuestro Arteaga ha desmentido este aserto muy aventurado, probando lo contrario en todo el cuerpo de su obra.

Son muy curiosas y de no escaso interés las noticias que nuestro autor nos ha dejado consignadas en el capítulo octavo, tomo primero, acerca de la introducción de los eunucos y de las actrices en el melodrama italiano; y en esta coyuntura el señor Arteaga nos da en un reducido número de páginas, con erudición selecta y buena crítica, la idea mas perfecta de la inmoralidad y de las obscenidades del antiguo teatro pagano. En el capítulo noveno, tomo segundo, trata, como gran maestro del arte, y admirablemente, del siglo de Oro de la música italiana, de los progresos de la melodía, de los compositores italianos mas distinguidos, y de las escuelas mas célebres de canto y de música instrumental, dándonos una idea algo estensa de su carácter y estilo. En la página 45 del mismo tomo, se expresa en esta forma, despues de haber hablado de la belleza y de los encantos propios de la música italiana: «Poseedora aquella península (la Italia) de tanta riqueza en todo género de armonías, fué desde entonces la escuela mas apreciada de toda ciencia musical, y los mas grandes compositores extranjeros, ó se trasladaron á Italia para aprender, ó se esforzaron con mucho ahínco en perfeccionar el melodrama italiano, y con especialidad cuando las poesías de Metastasio se apoderaron sin rivales del principado en el teatro lírico.»

El paralelo que Arteaga nos ha dejado en el capítulo duodécimo, tomo segundo, entre la poesía y música moderna, comparadas con las de los antiguos griegos, es ciertamente un modelo perfecto de crítica, erudición y profundo conocimiento del arte. En ese capítulo figuran con gala los nombres y las opiniones de Platon, de Plutarco, de Arquíloco, de Aristófanes acerca de la música, del canto, y tambien del baile, y de las variedades que median entre los que nuestros maestros llaman *modos*, y el ritmo mas propio de los antiguos griegos.

En el último capítulo del tomo II y en todo el tomo III, Arteaga habla estensa y detenidamente de la decadencia del melodrama moderno, y dice que han contribuido á su ruina tres cosas, á saber: «La falta de filosofía en los compositores, la vanidad é ignorancia de los cantantes, y el abandono casi total de la poesía musical.» Nosotros á la multitud de razones y hechos, que aduce nuestro autor en apoyo de su aserto, vamos á añadir lo que sigue. Apostólo Zeno y luego Metastasio, poetas cesáreos entrambos en la corte de Viena, nos han dejado escrito, «que las repetidas exigencias y obstinada ignorancia de los cantantes, les obligaba muy á menudo á sustituir una palabra ó una entera frase afectuosa y expresiva con otras de muy distinto carácter; y que en cuanto á la poesía musical, ó el *libreto* de la ópera, contribuye en gran manera al bueno ó mal éxito de un melodrama puesto en escena.» La poesía y la música no ligan únicamente las palabras con los tonos y las armonías, sino tambien la expresión lírica del pensamiento con las melo-

dias y la entera escala de los tonos. Si el poeta emplea palabras vulgares ó rudas y chavacanas en un aria ó en un dueto, que espresan amor ó todo el fuego de una pasión violenta, podrán dar al canto las notas musicales, por muy delicadas ó fuertes que sean, aquella dulzura y flexibilidad que exigen los afectos tiernos y suaves, destinados á espresar la embriaguez del corazón, ó aquel ímpetu propio de las pasiones muy violentas, que rayan en el delirio, ya dando alas al deseo de una fiera y cruel venganza, ya inspirándonos en los casos mas arriesgados, aquel valor que lo arrostra todo con ánimo resuelto, ya robusteciendo aquella nobleza de pensamientos y generosidad que lo sacrifica todo al amor de patria? El inmortal Bellini, hablándome de su *Beatrice di Tenda*, me dijo repetidas veces: «Esa partitura no salió conforme á mis deseos, porque el autor del libreto no fué el eminente poeta lírico, Felice Romani.»

A pesar de que las dimensiones muy cortas de este periódico nos ponen en la dura necesidad de contentarnos con haber dado á los lectores una rápida y fugaz idea de las *Revoluciones del teatro musical italiano* etc. del señor Arteaga, no queremos pasar por alto bajo ningún concepto que esta obra, clásica en su género, y traducida al alemán y á otras lenguas de la moderna Europa (1), ha sido muy elogiada por el célebre Fétis en el tomo I de su *Biografía universal de los músicos*. Fétis se espresa en esta forma: «La obra de Arteaga es la mas importante que se ha escrito sobre las revoluciones del teatro musical: es la sola en que se encuentran erudición sin pedantismo, puntos de vista sutiles sin pretensión, espíritu filosófico, gusto, elegancia de estilo, y ningún espíritu de partido (2).»

Arteaga escribió también otras dos obras sobre música; pero tenemos el profundo sentimiento de manifestar á los lectores, que no vieron la luz pública: estaban entrambas redactadas en italiano, y sus títulos, vertidos al castellano son estos: «Memorias para servir á la historia de la música española, ó ensayo sobre la influencia ejercida por los españoles en la música italiana del siglo XVI.» «Del ritmo sonoro y del ritmo mudo de los antiguos.» Grainville, á quien Arteaga habia confiado el original de esta segunda obra para traducirla al francés, se espresa en estos términos: «El autor ha puesto á contribucion en ella los escritores mas célebres de la antigüedad: trata de la música, de la poesía, de la gramática, de la pantomima, de la danza, etc. Muchos sabios de primer orden que conocen su original, afirman que sus descubrimientos son enteramente nuevos, y muy esenciales para el arte.» Esta obra que debia imprimirse en Parma con los caracteres de Bodoni, quedó suspendida por haberse convertido la Italia en teatro de guerra (3).

La carta de Arteaga á don Antonio Ponz, secretario de S. M. y de la real Academia de San Fernando sobre la filosofía de Píndaro, Virgilio, Horacio y Lucano no deja de revelar buena crítica y agudeza de ingenio; pero, á nuestro

entender, es muy inferior á la serie de cartas que publicó acerca de la traducción de Homero, salida de la pluma del inmortal Cesarotti. Arteaga en esta circunstancia se nos manifiesta docto helenista, profundo filósofo y buen crítico; y nosotros, aunque estamos muy lejos de convenir con Arteaga y otros sabios en que la traducción de Cesarotti abunda en lunares que la afean, nos inclinamos hasta cierto punto á la opinion de nuestro autor, cuando dice y se esfuerza en probar que Cesarotti carece de aquel nervio y de aquella fuerza, que distinguen al vate griego, y le colocan en tanta altura, que como dijo Longino, hablando de la Iliada: «Entonces Homero es comparable en un todo al astro alumbrador del día, cuando está en el punto mas elevado del meridiano.»

La carta de Arteaga en defensa de Felipe II, culpado por Victor Alfieri de asesinato contra su hijo el príncipe Carlos, nos parece poco satisfactoria, y sin entrar en discusiones espinosas acerca de un hecho tan misterioso, nos contentamos con aplicar á Felipe II el muy conocido refrán castellano: «No era hombre que se paraba en barras.»

La obra de Arteaga sobre el *bello ideal*, escrita en lengua castellana, no dejará de ser apreciable, si no queremos perder de vista que el autor la redactó y dió á luz en una época en que dominaba aun en las aulas universitarias la filosofía de Locke y Condillac, que, á lejos de considerar las ideas abstractas y morales como concepción del espíritu, sostienen á todo trance que no son mas que un producto de las sensaciones exteriores. Esta doctrina, que raya en el materialismo, corta de raíz y destruye el sentimiento estético en que se apoya el bello ideal, que no es un producto de la sensación, sino de lo absoluto, el cual existe por sí mismo, y no cae bajo el imperio de los sentidos, porque ninguno de los objetos que nos rodean es perfecto, en términos que pueda darnos una idea cabal de lo bello bajo todas sus formas. Arteaga, pues, no hace mas en su obra que someter á un examen muy detenido todas las esterioridades de que se compone lo bello en las artes plásticas, en la música y en la poesía; pero no se remonta al pensamiento estético, como lo han hecho Hegel, Herder, y con mas claridad y precision aun Vicente Gioberti, en su obra titulada *Del bello e del buono*. Con efecto, Arteaga, persuadido tal vez de que el bello ideal no puede tener una existencia propia y sin aplicacion á los objetos exteriores, dió á su obra el título de *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal, considerada como objeto de todas las artes de imitación*.

Su disertación italiana sobre la *Influencia de los árabes en el origen de la poesía moderna en Europa*, es sumamente erudita; pero Arteaga adolece en parte del mismo defecto que su compatriota el abate Andrés, hablando de los árabes y de su cultura intelectual tan exageradamente, que esos vates, hijos del desierto, casi figuran en su disertación como poderosos rivales de Homero y Píndaro.

Tenemos también de nuestro Arteaga una oración fúnebre para las honras de Carlos III, escrita en elegante latín, é impresa en Roma.

La obra italiana titulada *Diálogos entre el señor don Esteban Arteaga y Andrés Rubbi, en defensa de la literatura italiana*, Venecia, 1786, pertenece toda al segundo interlocutor, por haberla ideado y escrito sin tomar parte en ella Arteaga. La disertación, por el contrario, publicada y escrita en el mismo idioma por el doctor don Mateo Borsa, profesor régio en la universidad de Mantua, y cuyo título es este: *Del gusto presente en la literatura italiana*, puede ser considerada, hasta cierto punto, como producción

(1) La traducción francesa, impresa en Londres por Nardini en 1802, no es mas que un miserable extracto, que ni siquiera merece el nombre de *Compendio*.

(2) L'ouvrage de Arteaga est le plus important qu'on est écrit sur les révolutions du théâtre musical: c'est le seul où l'on trouve de l'érudition sans pédantisme, des aperçus fins sans prétention, un esprit philosophique, du goût; un style élégant et point d'esprit de parti.

(3) Es de suponer también que Arteaga no la habia concluido, porque todos los biógrafos que nos hablan de esa nueva obra, dicen que Grainville no siguió su traducción por haber muerto el autor.

de la bien cortada pluma de nuestro Arteaga, por haberla enriquecido de notas y doctas observaciones, que honran á su autor y á la patria de Dante y Petrarca (1).

Don Estéban Arteaga, amigo íntimo del caballero Azara y su protegido, le acompañó á París, y llegó al término de su carrera mortal en 1799, cumplidos ya los cincuenta y cinco años de su edad, estando todavía en la capital de Francia, y viviendo en casa del mismo ilustre personaje, caballero Azara.

SALVADOR COSTANZO.

EL CIELO.

¿Qué es el cielo?

¿Dónde están las márgenes de ese Océano? ¿Dónde el fondo de ese insondable abismo?

¿Qué son esos puntos luminosos, esos innumerables astros que, sin apagarse jamás, irradian incesantemente sus resplandores en la inmensidad? ¿Están sembrados al azar sin otro orden, sin otra regla que la de la perspectiva? Si no están inmóviles, como tanto tiempo se ha creído, y si ya no puede mirárseles como clavos de oro fijos en una bóveda sólida y transparente, ¿hacia qué punto del espacio dirigen su eterna carrera? En fin, ¿qué papel juegan el sol, nuestra tierra, y todas las demás tierras que acompañan al astro radiante, en ese grandioso concierto de los cuerpos celestes, en esa sublime armonía del universo?

Magníficos problemas, que la imaginación mas fecunda hubiera en vano tratado de resolver, si para gloria de la inteligencia humana, si una ciencia, la mas antigua de las ciencias naturales, la astronomía, no hubiese llegado á formular con claridad sus soluciones.

¡Asombroso poder del hombre! Encadenado á la superficie de la tierra, átomo inteligente sobre este grano de arena perdido en el espacio, inventa aparatos que centuplican la penetración de su vista; sondea las profundidades del abismo etéreo, valúa las dimensiones del universo visible y enumera los millones de astros que pueblan su prodigiosa estension; estudia en seguida sus mas complicados movimientos; mide con precisión las distancias y dimensiones de los mas próximos á la tierra, aprecia sus masas; despues, entresacando en la miscelánea de los cuerpos artificiales las asociaciones reales, llega finalmente á reconocer el orden, en medio de una confusion aparente.

Aun hace mas.

Elevándose por un supremo esfuerzo del pensamiento á las especulaciones mas abstractas, encuentra la ley que rige todos los movimientos celestes, y define la naturaleza de la fuerza universal que equilibra los mundos.

(1) Los que deseen tener una noticia mas minuciosa de todas las obras escritas por don Estéban Arteaga, y de las fechas respectivas de su publicación, podrán consultar: *La bibliothèque des Ecrivains de la compagnie de Jésus ou notices bibliographiques de tous les ouvrages publiés par les membres de la compagnie de Jésus depuis la fondation de l'ordre jusqu'à nos jours*, etcétera, etc., par les PP. Augustin et Alois de Backer, de la même compagnie.—Liège, imprimerie de L. Grand-mont-Donder, libraire, 1858.—Esta obra, muy importante, y que está todavía en curso de publicación, está dividida por séries, y cada série comienza por la primera letra del alfabeto, y sigue hasta la última.

Tales son los frutos del inmenso trabajo de veinte generaciones de astrónomos. Tal es la obra del ingenio y de la paciente perseverancia de los hombres que se dedican desde hace dos mil años al estudio de los fenómenos cuyo teatro es el cielo.

Los pastores caldeos fueron, segun se dice, los primeros astrónomos. Se concibe fácilmente. En las vastas llanuras donde lo apacible del clima les permitia pasar la noche á la intemperie, donde la pureza del cielo les colocaba constantemente en presencia del mas bello de los espectáculos, debían ser, y fueron sobre todo, astrónomos contemplativos. Y todos nosotros seríamos lo que ellos fueron, si la inconstancia del clima y la escasez de noches serenas no nos impidieran con frecuencia la observación del cielo, aun dado caso que las preocupaciones y agitación de la vida civilizada nos dejaran tiempo para ello.

Nada en el mundo me parece mas propio para elevar nuestro pensamiento hácia el infinito, que la silenciosa contemplación de la bóveda estrellada durante una noche serena.

Por todas partes se ven brillar millares de luces sobre el sombrío azul del cielo. Varios en colores y en brillo, resplandecen los unos con viva luz perpétuamente movable y titilante; otros brillan con resplandor mas igual, mas tranquilo y mas dulce; un gran número no envía sus rayos sino por interrupciones; como si les costara trabajo romper las profundidades del espacio.

Para gozar de este espectáculo en toda su magnificencia, hay que escoger una noche en que la atmósfera tenga toda su pureza, toda su transparencia, y que no esté iluminada ni por la luna ni por la luz mas débil del crepúsculo ó de la aurora. El cielo se asemeja entonces á un inmenso mar, cuya superficie estuviese toda salpicada de polvos de oro y de diamantes.

En presencia de este esplendor, se sienten á la vez arrebatados los sentidos, la imaginación, la inteligencia. La impresión que se siente es una emoción profunda, religiosa, indefinible mezcla de admiración, de calma y de dulce melancolía. Parece como que esos mundos lejanos, irradiando hácia nosotros, se ponen en comunicación íntima con nuestro pensamiento.

Pero el sentimiento no es mas que una parte de la emoción del espectador, y la inteligencia recobra muy pronto sus derechos. Se pregunta á sí misma cómo esos millones de astros diseminados acá y allá, han podido revelar á los que los estudian la estructura misma del mundo; por qué método han conseguido distinguirlos, calcular sus distancias y determinar sus movimientos.

Volvamos á lanzar una ojeada sobre la bóveda celeste.

A primera vista, las estrellas parecen desparramadas en ella con bastante regularidad; sin embargo, observad ese resplandor blanquecino, indeciso, vaporoso, que rodea todo el cielo como un cinturón. Esta es la Vía Láctea. A medida que la mirada se aproxima á los bordes de esta nube celeste, las estrellas se presentan mas y mas numerosas, y tan pequeñas la mayor parte, que apenas se distinguen. La acumulación de que se trata es visible sobre todo, cuando se exploran estas regiones del cielo con la ayuda del telescopio.

La Vía Láctea en sí no es otra cosa que una zona estenísima de estrellas, ó, mejor dicho, de soles, pues todas las estrellas, desde la mas brillante hasta la mas débil, son soles.

He ahí un grupo inmenso, una asociación gigantesca de